

# Arrojados al mundo sin cobertor de lana

de Mario Cantú Toscano

## Acto único

*¿Qué poesía surgirá de este caos?*

–Jaime Villarreal–

# MÚSICA

–¡Qué clima!

–Sí, qué clima.

–El clima.

–Siempre lo jode todo.

–El clima.

–La lluvia, siempre es un desmadre.

–El sol.

–¿Qué me dices del calor?

–Puto calor.

–No lo soporto. Pero cuando llueve...

–Es horrible.

–¡Qué clima!

–Las balas.

–Estamos hablando del clima.

–Es cierto, el clima.

–Somos dos desconocidos, un hombre y una mujer. Tenemos que hablar del clima.

–Cierto. Pero si fuéramos dos hombres o dos mujeres, también hablaríamos del clima.

–Hay que hablar del clima.

–Lo importante es que somos desconocidos, y los desconocidos hablan del clima.

–Si yo vengo aquí y me siento junto a ti, así sin conocernos, vas a pensar que te quiero coger.

–¡Qué barbaridad! Es cierto. Hay que guardar las formas. Hablemos del clima.

–Las mujeres siempre piensan que uno se las quiere coger.

- No todas.
- Claro, no a todas. Hay unas que...
- Digo que no todas pensamos que todos los hombres nos quieren coger.
- Claro, no todas, pero muchas.
- Y los hombres...
- Somos una desgracia.
- Todos me quieren coger.

## MÚSICA

- ...
- ...
- Este clima yo no lo soporto.
- Me duele este clima.
- Me da nauseas.
- Me horroriza.
- No se puede salir.
- Pero estamos afuera.
- Es que tampoco se puede estar adentro todo el día.
- Todo el día... es un infierno.
- Es lo que yo digo.
- ¿Vienes muy seguido?
- Esta banca es mi favorita.
- También la mía. ¡Qué casualidad!
- También aquella de allá es mi favorita.
- Pero no puedes tener dos favoritas.
- Pero tengo dos favoritas. ¿Por qué no puedo tener dos favoritas?
- Así son los hombres.
- De hecho tengo tres favoritas.
- Pinches hombres.
- Pinches viejas.

–Si tienes una favorita no puedes tener más favoritas, porque entonces no hay favoritas, lo favorito es uno solo, no se puede tener más de una favorita porque entonces deja de ser una favorita.

–Entonces es un problema de semántica, no de gustos.

–Es un problema de declaración, porque cuando uno declara que tiene un favorito, los demás posibles favoritos dejan de serlo. Cuando uno declara, el mundo cambia, ¿cierto?

–No siempre...

–¿Y dónde no cambia?

–Pues cuando el presidente declara que...

–¡No vamos a hablar de política!

–Es cierto. Somos desconocidos.

–Y los desconocidos no hablan de sexo ni de política.

–Ni de amor.

–Está bien hablar de amor.

–¿Con una desconocida?

–Tienes razón. Eso me horroriza.

–El horror. El asco.

–El asco.

–Es por el clima.

–Cierto. El clima es asqueroso.

–Tanta lluvia.

–Tanto sol.

–¿Viste el otro día que llovió cómo se inundó todo?

–Y se salió toda la mierda.

–La mierda es asquerosa.

–¿Y te parece que está bien hablar de mierda con un desconocido?

–Yo creo que no. Las formas.

–Claro, las formas.

–...

–...

–¿Y tú me quieres coger?

–Soy un hombre.  
–¿Y qué tipo de respuesta es ésta?  
–¿Y qué tipo de pregunta es ésta?  
–Claro, tienes razón. Soy una dama.  
–Y yo soy un caballero.  
–Las formas.  
–Y el clima. Es una porquería. Me tiene hasta la madre.  
–Sé un caballero.  
–¿Y cómo se es un caballero?  
–Háblame del clima.  
–Los caballeros hablan del clima.  
–Y respetan las formas.  
–¡Qué cosa las formas!  
–Sé un caballero.  
–Hoy es un bello día.  
–Muy bello, cierto.  
–Hermoso día.  
–Envidiable  
–Sublime.  
–Tampoco. No exageres.  
–Pero los caballeros exageran. ¿No has visto que se quitan el saco y lo ponen en el charco para que la dama cruce sin ensuciarse?  
–Es cierto.  
–Yo quisiera salir a la calle sin ensuciarme.  
–Yo también. Y es que la ciudad está hecha una porquería.  
–A donde quiera que vayas, te manchas.  
–Te empuercas.  
–Después de que llueve, hay mierda por todos lados.  
–Quedamos en que no íbamos a hablar de la mierda.  
–Es cierto, la mierda.  
–¡Qué mierda!

–La mierda es una mierda.  
–Pero la hay por todos lados, ¿ya viste?  
–Vas por allá, mierda; vas por acá, mierda; vas por el otro lado, más mierda. Por eso me gusta esta banca, porque en esta banca no hay mierda, por eso es mi favorita.  
–¿Y las otras por qué son tus favoritas?  
–Quedamos en que no podía tener más favoritas.  
–Pero las tienes.  
–¿Tú tienes más bancas que sean tus favoritas?  
–No.  
–Claro que no. Eres mujer, y las mujeres sólo tienen un favorito.  
–O dos favoritos.  
–Dos, quizá dos.  
–Pero nunca más de tres.  
–Es un problema de semántica y de matemática.  
–Como el clima.  
–El clima.  
–...  
–...  
–...  
–...  
–Ya no se puede salir.  
–Por el clima.  
–Por el clima. Es inmundito.  
–Pero tampoco se puede estar adentro todo el día.  
–Y no. Yo por eso salgo y me siento en esta banca.  
–No tiene mierda.  
–No digas mierda. Me da asco.

## **MÚSICA de fondo, de alrededor de 3 min.**

–El asco. Estos días han estado del asco.  
–Yo, cuando tengo miedo, salgo y me vengo a sentar en esta banca.

–Esta banca es buena.  
–Sí, es buena.  
–Es segura.  
–...  
–¿Hace mucho que tienes miedo?  
–No sé... unos cuantos años.  
–Unos años es mucho.  
–Unos años es poco, si se le compara.  
–¿Con qué?  
–Con la evolución, por ejemplo.  
–Y claro, la evolución. Darwin y Lamark. ¿Hace mucho que se murió Darwin?  
–No mucho, si se le compara con la evolución.  
–Claro, la evolución.  
–Los protozoarios y los teranodontes.  
–¿Sabías que se extinguieron por el clima?  
–¡No me digas!  
–O quizá no se extinguieron.  
–Evolucionaron.  
–E-vo-lu-cio-na-ron.  
–¡Qué cosa la evolución!  
–La revolución.  
–Quedamos en que no íbamos a habla de política.  
–La revolución ya no es cosa de política, es un asunto de la historia.  
–Como la evolución. La historia natural, la historia social, la histeria colectiva...  
–Entonces tienes miedo.  
–Desde que murió mi abuela.  
–¿A qué edad murió tu abuela?  
–A los ochenta y siete.  
–No, pero a qué edad tuya.  
–No sé, hace unos años.  
–¿Y cuántos años tenías?

–No es bueno saber eso.

–¿Por qué?

–Los caballeros no tienen memoria, y las damas no tenemos edad.

–La edad, siempre la edad.

–Los años.

–La evolución.

–Yo salía a la calle sin miedo. Mi abuela me llevaba al parque y ninguna de las dos teníamos miedo. Yo jugaba, ella tejía.

–¿Qué tejía?

–Cobertores de lana.

–¿Por qué?

–Porque los regalaba. Tejía un cobertor de lana y luego lo regalaba. Solamente me regaló uno a mí. Era muy bonito.

–¿Tenía flores?

–No. Tenía lana.

–¿Pero tenía dibujitos de algo? ¿Flores, caballos, quesos?

–¿Cómo iba a tener quesos?

–Dibujos de quesos.

–¿Y te parece que los quesos son bonitos?

–Son sabrosos. Además yo no veo la diferencia entre bordar flores, quesos, caballos, dragones, manatíes, edificios de treinta pisos...

–No bordaba. Sólo tejía. Con lana. Sólo con lana. Porque abriga.

–Muy abrigadora la lana... y claro para este clima... cuando hace frío, porque cuando hace calor ¿para qué diablos quieres un cobertor de lana?

–Los hacía para la gente que había sido arrojada al mundo.

–¿Arrojada?

–Escupida al mundo.

–Leía mucho tu abuela.

–Sí, leía mucho. Cuando no tejía, te jodía, y si le sobraba un rato entre estar tejiendo y estarte jodiendo, leía.

–¿Poesía? ¿Filosofía?



–No. Leía la nota roja, novelas de amor y libros de física cuántica.  
–Muy culta tu abuela.  
–Para nada, era muy estúpida.  
–¿Imbécil de plano?  
–Pendeja, pendeja.  
–Y por eso leía.  
–Me dijo una vez: “M’hijita, yo soy muy pendeja, por eso nomás leo sobre las cosas que no entiendo. Yo no entiendo la violencia, yo no entiendo el amor y mucho menos la física cuántica”.  
–Leer para no entender.  
–Eso hacía.  
–A veces se lee para no tener miedo.  
–Pero no me funciona. Por eso me vengo mejor a esta banca.  
–Para no estar adentro. Porque eso de estar adentro también da terror.  
–¡Y estar afuera!  
–¡Qué cosa tan terrible es estar afuera! Afuera uno ya no entiende nada, aunque lea.  
–Antes salía con mi abuela, y no tenía miedo. Pero se murió, y ahora tengo miedo.  
–Antes y después.  
–Eso es la evolución.  
–El tiempo.

## MÚSICA

–¡Qué tiempo hace!  
–Qué cosa del clima, ¿viste?  
–El calor...  
–¡Espantoso!  
–La lluvia...  
–¡Terrible!  
–El frío...  
–¡Tremendo!  
–La evolución...

–¡Cómo es que todo evoluciona! Es increíble...

–In-cre-í-ble.

–¿Lamark se habrá muerto ya?

–Pobre Lamark...

–Sí, pobre...

–...

–...

–...

–Yo sólo salgo cuando tengo asco.

–¿Y por qué te da asco?

–Y... no sé... los periódicos.

–Quedamos en que no íbamos a hablar de...

–Pero sólo dije “los periódicos”.

–Pero los periódicos sólo hablan de política y futbol.

–Y tampoco vamos a hablar de futbol. Tú eres mujer y yo soy hombre.

–¿Y las mujeres no podemos hablar de futbol?

–Sí, pero no con los hombres. Es indecente.

–Indecoroso.

–Y los periódicos también hablan de religión.

–Sólo los de derecha.

–Y los de izquierda hablan de los derechos de la mujer y el aborto.

–Pura porquería.

–Y uno tampoco puede hablar de religión con una mujer.

–¿Por qué?

## MÚSICA

–Porque luego no coge.

–Es cierto. La culpa.

–La culpa.

–¡Qué cosa la culpa!

–La culpa es como el clima.

–¿Y qué tiene que ver la culpa con el clima?  
–¿Cómo que qué tiene que ver? Todo, tiene todo que ver. ¿No has visto cómo la culpa se parece al clima? ¿No te das cuenta?  
–Claro...  
–Psss... te digo...  
–Pero es tan claro...  
–¡Clarísimo!  
–La culpa y el clima... ¡cómo no lo había pensado!  
–Luego sales a la calle, y ahí está la culpa.  
–¿Y eso te da asco?  
–¿Y el asco qué tiene que ver?  
–Pues dices que sólo sales a la calle cuando te da asco.  
–Pero no confundas.  
–Yo tengo miedo y tengo culpa, por eso vengo a esta banca.  
–Yo tengo asco, culpa y terror, pero cada una de mis bancas favoritas es para cosas distintas; una es para la culpa, otra es para el asco y la otra para el terror.  
–¿Y ésta cuál es?  
–¡Qué sé yo! Son todas lo mismo.  
–¿Estás enojado?  
–Encabronado.  
–¿Emputado?  
–Me cago del coraje.  
–¿Conmigo?  
–¿Por qué las mujeres creen que tienen que ver en todo lo que a uno le pasa? Si uno amanece encabronado, no es por ellas, es por el mundo. Uno se encabrona con el mundo, pero no necesariamente con ellas. Si uno llega a la casa –encabronado después de un día de trabajo–, va y le pega a la mujer, no es por ella, es por el puto mundo. Y eso ustedes no lo pueden entender.  
–¿Estás casado?  
–No.  
–¿Soltero?

–A veces.

–Mi abuela le mentaba la madre al carnicero cuando se sentía mal.

–¿Ella o el carnicero?

–Ella.

–¿Y por qué al carnicero?

–Porque ahí estaba. Le dolía la panza, le mentaba la madre; le dolía la cabeza, le mentaba la madre; se cortaba con el cuchillo, le mentaba la madre; se surraba en los calzones, le mentaba la madre; se ganaba dinero en el raspadito, le mentaba la madre...

–¿Y eso?

–Estaba vieja.

–...

–Mentar madres ayuda... A ver, insúltame.

–...

–Te va a ayudar. Insúltame.

–Me da pena... nos acabamos de conocer.

–Pero no, no nos acabamos de conocer, somos desconocidos. Insúltame y yo te insulto.

–...

–Idiota.

–Tarada.

–Estúpido.

–Pútrida.

–Apátrida.

–Desvergonzada.

–Nalgas planas.

–Culo ancho.

–Comevergas.

–Comemierda.

–Pitoflojo.

–Putas de media cuadra.

–Saco de mierda.

–Mierda te saco y te aflojo el mastique.

–Mastícate los huevos que son para lo único que sirven.

–Perra malparida, cerebro de confite, vete mucho a la mierda de donde saliste y ponte un girasol en el ano para ver si así alguien te sonrío.

–Cara de cerdo castrado, nalgas de burócrata municipal, joto de peluquería, gusano del estiércol de un chango con disentería, métete un puño en el hocico y otro en el culo para que explotes de tanta cagada que traes adentro, y luego poder meter tus pedacitos en el coño de tu mamá.

–...

–¿Qué?

–Nada...

–¿Qué pasó?

–...

–...

–Tuve una erección.

–Ah...

–...

–Por un momento me pareció que estábamos diciendo poesía.

–¿Poesía? ¿Con este clima?

–¿Qué poesía surgirá de este caos?

–La poesía no surge del caos.

–¿Entonces?

–Caos engendró a Cronos, y Cronos...

–No me interesa.

–Hay que saberse la genealogía para saber quién engendró a las musas.

–Es muy racional, no me interesa. Mejor hay que hablar del clima.

–Aquí es donde se puede hablar del clima. Siempre se habla del clima con los extraños. Si estás en la mesa, no se habla del clima; si estás en la clase, no se habla del clima; si estás en la oficina, no se habla del clima; si estás en la cama, no se habla del clima. Aquí sí se puede hablar del clima. Uno con extraños no habla de poesía, podrían pensar que uno está loco.

–O que es estúpido.

–O un degenerado.  
–O un malviviente.  
–O un poeta.  
–¡Jesucristo en pelotas nos ampare!  
–Uno habla del calor y de la lluvia y del frío...  
–Del smog...  
–De las desviaciones que hacen en las calles.  
–¿Viste lo que apareció en aquel puente esta mañana?  
–Quedamos que no íbamos a hablar de...  
–Pero no, me refiero a la manta con un mensaje...  
–¡Shhhh!  
–Un mensaje de amor.  
–¿Y qué decía?  
–No sé. No lo recuerdo. Una no recuerda el mensaje, sólo que fue escrito con amor. Y se imagina que pudo ser de algún admirador secreto para una. Una ama los admiradores secretos. Pero luego les ves la cara, dejan de ser secretos, y una se desenamora. Es mejor que sean secretos. Los admiradores secretos, los mensajes secretos...  
–Los mensajes secretos...  
–Los mensajes secretos...  
–Los secretos...  
–Cuántos secretos.  
–Todos tienen secretos.  
–Todos tenemos secretos. ¿Tú no tienes secretos?  
–Claro.  
–¿Y por qué dices “todos tienen” y no “todos tenemos”?  
–Porque si digo que tengo secretos, ya no serían secretos.  
–El clima no es como los secretos.  
–No, el clima no.  
–Pero el clima está cargado de secretos.  
–Eso sí. Uno se asoma a la ventana y ve que todo el clima tiene secretos. La lluvia tiene el sol secreto, el sol tiene el frío secreto...

–No entiendes nada. Eres hombre. Los hombres no entienden.

–Las mujeres no explican y los hombres no entienden, por eso el clima tiene secretos.

–Y luego viene la lluvia, y desentierra los secretos. Se salen flotando por las calles y todos van reconociendo sus secretos. Los ven ahí, a la vista de todos, y se avergüenzan de ellos, por eso los dejan que sigan flotando y se los lleve la corriente.

–La mierda.

–¡No! Los secretos.

–La mierda se sale de las alcantarillas. Mira, ahí va mi mierda, la reconozco porque ayer comí betabel.

–Eres una bestia. No reconoces la poesía.

–Tampoco hay que hablar de poesía, quedamos en eso. El futbol, la religión, la poesía y el sexo, al final se transforman en política. Todo se hace política. Y todo lo que se hace política, al final, se hace mierda.

–No se hace mierda, evoluciona en mierda.

–¿Y a ti te parece que eso es evolución?

–Y sí.

–¿El hacerse mierda es evolución? La evolución es progreso.

–Darwin nunca dijo eso.

–En todo caso, me subo a un edificio, me tiro y me hago mierda. Y así evoluciono.

–La evolución es el tiempo, y el tiempo se descompone. Cuando el tiempo se descompone, hace mal clima, como en esta ciudad que el clima siempre es un asco.

–El asco. Siempre es un asco. Tengo asco.

–Hoy hace mal clima y tengo horror.

–Por eso uno sale a la calle.

–Por eso una no sale a la calle.

–Por el horror.

–¿Pero el horror dónde está? ¿Está afuera o está adentro?

–El horror está ahí nomás, arrojado a la calle como un perro muerto.

–Como nosotros estamos arrojados al mundo... y sin un cobertor de lana.

–Uno va tan tranquilo, caminando por la calle y de pronto ¡zaz! Un perro muerto. Qué asco.

–Pero cuando está vivo te dan ganas de acariciarlo y de llevarlo a tu casa. ¿Qué pasó, perrito? ¿Me mueves la cola? ¿Me estás hablando a mí? ¿Quieres que te lleve a la casa?

–Los perros no hablan.

–Pero mueven la cola. Y cuando mueven la cola, hablan.

–¿Los perros hablan con la cola?

–¿De quién eres? ¿No tienes dueño? Y los acaricias y se sonríen.

–¿Sonríen con la cola?

–Pero cuando están muertos, todos hinchados, con los ojos saliéndose de las cuencas y la cola tiesa, ya no te dan ganas de llevarlos a tu casa. Te dan asco. Y que se queden afuera. ¿Ya ves cómo sí hay diferencia entre afuera y adentro?

–Tú eres la que preguntabas...

–¿Dónde quedó el perro? Ahí estaba bien bonito, moviendo la cola, y de pronto ¡pum! Un carro lo apachurra y se acabó el perro. Pero el perro sigue ahí. Ahí está su cabeza, su cola, sus patitas... ahí está el perro, pero el perro ya no está.

–¿El alma?

–¡No! Yo dije el perro. ¿Por qué tienes que volver a la religión? Yo no hablo del alma, no sé si existe el alma. Sólo sé que ahí está el perro, pasa el carro, y ya no está el perro. Pero el perro está ahí. ¿Me sigues?

–Es un despojo. Ya no es un perro. Es un despojo, un desecho, un cadáver, *cadere*, cadáver, *cadere*, cadáver. Se cayó.

–Lo arrojaron.

–Como nosotros fuimos arrojados al mundo.

–Escupidos.

–Excretados.

–Defecados.

–Sin un cobertor de lana.

–Por eso mi abuela hacía cobijas de lana.

–Era una sabia tu abuela.

–Era una idiota.

–¿Estúpida?

–Pendeja, pendeja.



-...

-...

-...

-...

-¿Y qué hacías con el cobertor de lana?

-Me cubría del mal tiempo.

-Del clima.

-Del tiempo.

-¡Qué tiempo aquél!

-¡Cuánto tiempo!

-¡Cuánto clima!

-El cobertor de lana era para el tiempo.

-¡Qué cosa el tiempo! Nada se le escapa. Es como mi madre. Nada se le escapa. Uno hace algo y ella ¡fum! la chancla en la cabeza. Uno a penas está ahí, pero el tiempo ya estaba antes. ¿Te fijas? Vas a un lado, y ahí está el tiempo. Te quedas y ahí está el tiempo. El tiempo es como mi madre.

-Y cuando hacía tiempo, ahí estaba mi cobertor. Desnuda-desnuda, el cobertor al abrigo, me tumbaba sobre mí misma y me contemplaba. Desnuda de mí, abría los dedos y mojaba las uñas. Contaba las veces. Una vez, dos veces, tres veces y así me iba derritiendo por debajo del cobertor. Mi cobertor. Que se volvía un descubertor, porque encontraba mis lunas y lunares. Y ahí estaba. Desnuda-desnuda. Y encontraba sin buscar, porque de pronto mi ombligo ya no era el centro. Y yo ya no estaba. Era. No estaba bajo el cobertor, era bajo el cobertor. Y el tiempo no pasaba ni se detenía. El tiempo era. Así era la era del cobertor, cuando hacía tiempo.

-...

-¿Otra erección?

-¿Erección?

-Erección.

-No.

-¿Por qué no?

-Porque eso fue muy triste.

-¿Triste?  
-No, triste no.  
-¿Entonces?  
-Triste.  
-No entiendes.  
-Soy hombre.  
-¿Idiota?  
-Bruto.  
-¿Estúpido?  
-Pendejo, pendejo.  
-...  
-...  
-...  
-...  
-No me gusta este clima.  
-Al rato cambia.  
-No cambia. Evolucionan.  
-La evolución es progreso.  
-Mi abuela murió de progreso.  
-¿La mató el progreso?  
-Se murió de progreso, es distinto. Progresó, progresó, hasta que ¡puf!  
-¿Se murió?  
-Ojalá se hubiera muerto.  
-¿No se murió?  
-Se hizo mierda.  
-Y salió por las alcantarillas en un día de lluvia.  
-Y me avergoncé de ella.  
-Cadáver, *cadere*, cadáver, *cadere*, cadáver, *cadere*.  
-Y me dio la culpa.  
-La culpa es como el clima, ¿te fijaste?  
-Igualita.

–Idéntica.  
–Análoga.  
–Isomórfica.  
–Como el clima... me duele este clima.  
–¿Cómo? ¿En los tobillos, las rodillas? ¿Como la reuma?  
–Pendejo, pendejo.  
–Yo conocí una señora que le dolía su nombre.  
–Me duele mi sombra.  
–Usa sombrilla.  
–Me duele la sangre.  
–Una aspirina.  
–Me duelen las ganas.  
–Ponte sostén.  
–Me duelen las calles.  
–Vacías pero con gente.  
–Semáforos y puentes.  
–Atravesados.  
–Y el aire de este clima que no te deja respirar. Sales afuera y te ahogas. Sales adentro y te asfixias. Sales por encima y el aire de este clima tiene tanto polvo, vergüenza y azufre que la nariz se pone de rodillas.  
–Así está el clima estos días. ¡Quién lo iba a decir! Los meteorólogos nunca le atinan.  
–Tanto se descompuso el clima...  
–Tanto se descompone el tiempo...  
–La evolución...  
–Y nadie le atina. Unos dicen que el huracán, otros que la canícula, que los polos se derriten, que si las ballenas, los enemas, las dietas, los mercados, las bolsas, los zapatitos me aprietan y las medias me dan calor... el calor. Es insoportable.  
–Con este clima me da un dolor de muelas en el corazón.  
–...  
–...  
–...

-...

-¿Y por qué querías que tuviera una erección?

-¿Yo?

-Hace rato.

-Yo no quería, sólo pregunté.

-Pero, si preguntaste, es porque te interesaba.

-¿Y te parece que es correcto hablar de erecciones con una desconocida?

-¡Por supuesto que no! Las formas.

-La decencia, el decoro.

-¡Qué cosa las formas!

-Las estructuras.

-Las formas y las estructuras.

-Somos desconocidos.

-...

-Me gustan las erecciones.

-Son bonitas.

-Simpáticas.

-Divertidas.

-Incluso podría decir que son ingenuas... Una vez tuve una erección.

-¿Cómo?

-En la boca.

-Ya...

-Sabía como a...

-¿Menta?

-...decepción.

-Y sí... a veces pasa.

-Y quieres salir corriendo.

-Y luego la culpa.

-¿Tú también tienes culpa?

-Y sí... a veces pasa. ¿Sabes lo que pasa? Es que la erección requiere sangre.

-¿Sangre?

–Mucha sangre.  
–Y bueno... dependerá del tamaño de la erección si es mucha o poca.  
–Claro, todo en proporción.  
–La proporción, es cierto.  
–Medida y proporción. Álgebra y geometría.  
–¿Mucha sangre?  
–...  
–...  
–Poca sangre.  
–Pero sangre al fin.  
–La erección necesita sangre.  
–La eyaculación necesita sangre.  
–La penetración necesita sangre.  
–La excitación necesita sangre.  
–El placer necesita sangre.  
–La violación necesita sangre.  
–Para cumplir se necesita sangre.  
–Para erigir hace falta sangre.  
–...  
–La erección no es tan ingenua como yo pensaba. Ahora más bien me parece un poco perversa.  
–Pero es bonita.  
–Simpática.  
–Divertida.  
–Perversa, perversa.  
–La erección es progreso.  
–El progreso es perverso.  
–¿Y cómo va a ser perverso?  
–El progreso es un perverso de mierda.  
–¿Cómo de mierda? ¿Cómo te atreves?  
–Y el progreso me mira de una forma...

–¿Qué forma? ¿Las estructuras? Álgebra y geometría. Medidas y proporciones. Erecciones y progreso.

–¡El progreso me mira! Me clava la mirada y yo no le sonrío. Mira de una forma asquerosa. Y lo siento ahí.

–¿Ahí?

–Ahí.

–¡Ahí!

–En la ventana, en la cortina del baño, cuando voy caminando. El progreso sólo piensa en hacerme porquerías. Me mira y siento sus porquerías.

–¿Porquerías?

–Por-que-rí-as.

–Suciedades.

–Pero grandes, grandes. El progreso me mira y se desborda. Y le veo en sus ojos que quiere hacerme cosas grandes, abundantes, gigantescas, poderosas, soberbias. Y me mira y siento cómo se le desliza la mano invisible bajo mi falda, y su fantasma me recorre el cuerpo. ¡El progreso es un perverso! Me quiere hacer mierda por dentro. El progreso es la erección de Dios.

–Quedamos en que...

–Lo sé, lo sé...

–¿Y luego?

–Y nada.

–Bueno.

–Perfecto.

–...

–...

–...

–...

–Se hace tarde.

–¿Para qué?

–No sé, pero ya debe ser tarde para algo, ¿no crees?

–Y sí.

–Cuando uno vive aquí, siempre se hace tarde.  
–Ya es tarde.  
–Muy tarde.  
–Qué rápido se hace tarde.  
–Uno va por la calle y de pronto ve que ya es tarde.  
–Una se levanta y ve que ya es tarde.  
–Uno de repente piensa y ve que ya es tarde.  
–Una voltea a ver y se da cuenta de que ya es tarde.  
–Uno está ahí muy bien, muy a gusto, sin molestar a nadie... y de repente ya es tarde.  
–¡Qué pronto se hace tarde!  
–Así como se ve el clima, ya es tarde.  
–Es muy pronto para el deseo y muy tarde para el amor.  
–Quedamos que nada de amor.  
–Es indecoroso. Somos desconocidos.  
–¿Eso del deseo era una canción?  
–Las formas.  
–Las formas y las estructuras.  
–Es cierto, era una canción.  
–Y lo único peor que una canción es una canción de amor.  
–Está bien el amor.  
–¿Con este clima?  
–Tienes razón, no con este clima.  
–No se antoja con este clima.  
–Y sin cobertor de lana.  
–Yo nunca tuve un cobertor de lana.  
–Una no se puede enamorar sin cobertor de lana.  
–Y menos con este clima.  
–Este clima corta.  
–Tiene filo.  
–Corta.  
–Yo una vez miré un cuchillo.

–Con este clima se me antoja un cuchillo.

–Un cerdo y un cuchillo.

–El cerdo no se me antoja, pero el cuchillo...

–Y no, no entiendes, yo te hablo de otra cosa.

–¿De qué?

–Del cerdo y del cuchillo.

–¿Cuál cerdo?

–¿Por qué las mujeres no entienden? Ustedes no saben de cuchillos.

–Pero sí de cerdos. Los hombres son unos cerdos.

–Yo te hablo del cerdo que fue picado por un cuchillo.

–¿Picado?

–Cortado.

–¿Mordido?

–Destazado.

–¿Y cómo?

–Estaba ahí el cerdo.

–¿Dónde ahí?

–Ahí tirado.

–¿Arrojado?

–Escupido. Ahí estaba en el mundo. Y de repente vio un cuchillo. Pulido, brillante, filoso, atractivo. Y el cuchillo le dijo al oído: “Eres un cerdo”. Y el cerdo se quiso volver tocino. Sintió que se le freía la manteca, sintió que se le prensaba el chicharrón, y un calor agudo le recorrió las carnitas. Y cuando el cerdo le quiso contar su vida, el cuchillo ¡jaz! El cerdo le entregó su vida y el cuchillo le sacó el corazón. Lo partió en dos, en tres, en cinco, en diez, veinticuatro, cincuenta y ocho, en trescientos pedazos. Allá van las tripas, allá va la jeta, las criadillas, el lomo, la pierna, las costillas. Le separaron cabeza, huevos y corazón. El cerdo hecho pedazos. Y ni cómo volverlo a pegar. Ésa fue la vez que vi un cuchillo.

–¿Y no lo has vuelto a ver?

–Jamás. Pero debe estar por ahí... pulido, filoso, brillante, atractivo. Lo vi cortar el aire silbando una canción. Rápido, directo. Y recuerdo la sangre del cerdo por el suelo,



arrastrándose hacia el drenaje, roja, roja, como diciendo “yo solía ser un cerdo y ahora sólo soy mancha sin voz”.

—...

—¿Qué pasó?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—...

—...

—Cuando las mujeres dicen que no les pasa nada...

—Es que me enamoré.

—...

—Los hombres se callan cuando una se enamora.

—No, no es eso...

—¡!

—¿?

—Perdón. No era amor, era un gas. Siempre se me confunden.

—Yo una vez me encontré un billete en la calle y pensé que era amor.

—Será que ya es tarde.

—Se está haciendo tarde.

—Demasiado tarde.

—¿Tan tarde ya?

—Tardísimo.

—Es por el clima.

—¿Viste cómo se parece a la culpa?

—Eso yo te lo enseñé.

—A mí me da culpa cuando un hombre se enamora de mí, porque no puedo enamorarme de él.

—Entonces no es culpa, es soberbia.

—La erección es un síntoma de la soberbia. El progreso es soberbia.

—Decir adiós es soberbia.

–Poder decir adiós no es soberbia, es amor.  
–Eso es otra canción.  
–¿Qué poesía surgirá de este caos?  
–Y dale con la poesía.  
–Si uno no puede esta adentro ni afuera, por el clima...  
–Por este clima.  
–...sólo nos queda la poesía.  
–Nos queda la soberbia.  
–La soberbia nos trajo este clima.  
–La poesía no es como el clima.  
–No, la poesía no.  
–La poesía no.  
–Absolutamente no.  
–¡La poesía!  
–¡Qué cosa la poesía!  
–Po-e-sí-a.  
–Pero no se debe hablar de poesía con un desconocido.  
–La poesía no tiene clima.  
–Pero tiene climax.  
–Entonces es como la erección.  
–¡Pero no!  
–¿No?  
–No como la erección, como la herejía.  
–¿La poesía? Pero también requiere sangre.  
–Pero no una sangre que inflama, sino la sangre necesaria para el rubor.  
–Eso es muy cursi.  
–La poesía no es progreso, pero tiene progresión.  
–Tiene rima, ritmo, verso y medida.  
–Eso es racional. Es estúpido y es racional.  
–La poesía es geometría. Medida y proporción.  
–Eso es muy triste. Es estúpido y es triste.

–Hay que cuidar las formas, las estructuras.  
–¡Y no! ¡Ya basta!  
–¿No?  
–¡No!  
–Pues no. ¡Qué negativa!  
–No es negativa, es negación.  
–La respuesta a la pregunta siempre es no.  
–No entiendes nada.  
–Si pregunto...  
–La respuesta no es negativa, es la negación.  
–¿La negación?  
–No se responde ni sí ni no, sino la negación.  
–¿Y cuál es la pregunta?  
–No importa la pregunta, la pregunta siempre es la misma.  
–¿Pero cómo es la negación?  
–La negación es decir ¡basta!  
–¿Y la poesía dice “basta”?  
–La poesía es la negación de la negación. No es progreso, es progresión. No es erección, es herejía. La poesía chilla y se esconde por los rincones como la muñeca fea. Es una puta callejera con celulitis. La poesía tira la mano y esconde la piedra.  
–¿Y entonces para qué carajos quiere uno la poesía?  
–Porque si sales a la calle con ella, la gente no te mira, y puedes gemir “basta”, y puedes aullar “esta mierda es mía”, y puedes sentirte orgulloso, al menos por un día, de no servir absolutamente para nada.  
–Inútil total.  
–Es como el picante. No nutre y opaca el sabor real de la comida. Te destroza las entrañas, araña e inflama; pero si alguna vez le encuentras el gusto a destrozarte a ti mismo...  
–Se me antojó la comida china. ¿No traes algo de poesía?  
–Ya no tengo. Me la robaron.  
–Busquemos un poeta.

–Los poetas me dan asco. Son unos imbéciles.  
–¿Tarados?  
–Estúpidos.  
–¿Idiotas de plano?  
–Pendejos, pendejos. Odio a los poetas, lo que a mí me gustaba era la poesía.  
–A mí no me gusta, pero se me antojó.  
–Y con este clima...  
–Con este clima...  
–Si algo se puede parecer al cobertor de lana, es la poesía.  
–¿Y quién te la robó?  
–No sé...  
–Yo aprendí que cuando uno tenía algo y no lo encuentra, es porque se lo robó la política.  
–¡Shhhh!  
–¿Qué?  
–No digas esas cosas. Es mejor hablar del clima.  
–Claro, el clima.  
–Ya me harté del clima.  
–¡Shhhh!  
–¿Qué?  
–No hables así del clima.  
–Ya ni se puede hablar del clima con este clima.  
–Este clima te cierra la garganta.  
–Este clima te atrofia los pulmones.  
–Este clima.  
–Te seca los labios.  
–Este clima.  
–No se puede ni pensar con este clima.  
–No se puede vivir con este clima. No se puede salir ni estar adentro todo el día.  
–Porque penetra en las casas.  
–Y en las cosas.  
–Y en las tripas.

-Todo patas arriba.

-...

-...

-...

-¿Y si vamos a coger?

-¿Con un desconocido?

-Si ya ni se puede coger con nadie, qué mejor que con un desconocido.

-...

-...

-Pero al menos primero un besito.

-...

-...

-¿Y?

-No está bien, pero es suficiente.

-¿Vamos?

-Al menos así podré gritar un poquito.